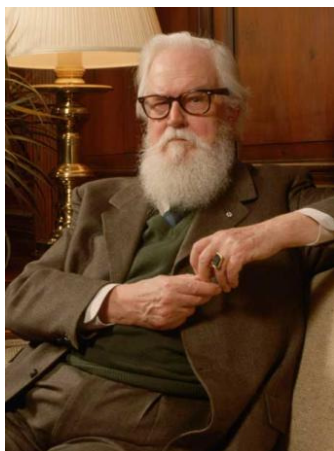




## Davies, el encantador

Por Nuria Barros



La famosa aldea global en la que estamos inmersos responde, a menudo, más a las características de aldea que a las de globalidad. El gran escritor canadiense Robertson Davies (1913-1995), a quien John Irving definió como "el Dickens de Canadá", estuvo a punto de obtener el Premio Nobel en 1993. Entre sus apasionados lectores estaban Malcolm Bradbury, que aseguraba que se trataba de "uno de los grandes novelistas modernos", y Harold Bloom, que lo incluyó en *El canon occidental*. Y, sin embargo, Davies era prácticamente desconocido en España hasta que la pequeña editorial Libros del Asteroide emprendió la publicación de la *Trilogía de Deptford*, la más adictiva de su extensísima obra. Ahora que lleva más de una década muerto, sus novelas se pasean con fuerza creciente por las librerías españolas. La última en llegar es *Lo que arraiga en el hueso*, segunda parte de la *Trilogía de Cornish*. El placer que suscita su lectura es uno de los muchos prodigios de la literatura: difuntos desconocidos que pasan a formar parte de nuestras fantasías, nuestras risas y nuestras conversaciones. Con argumentos de menos peso se han creado religiones.

El hallazgo de Davies es sensacional, ya que el personaje es tan sorprendente como su obra. Su aspecto era tal que el hijo de John Irving creyó que estaba ante Dios el día que lo conoció. Era desmesuradamente alto, iba ataviado con ropas ligeramente pasadas de moda, lucía una larga barba de una blancura resplandeciente, al igual que su cabello, y poseía una sonora voz de actor. Su biografía iba a la par de su fabulosa apariencia: había sido actor en la Old Vic Repertory Company de Londres, productor de teatro, prestigioso periodista en Canadá, renombrado profesor de Literatura y rector en la Universidad de Toronto, además de galardonado autor de novelas, cuentos, obras de teatro, críticas literarias y artículos.

Nabokov decía que el don más importante de un escritor es *shamanstvo*, una palabra rusa que hace referencia a "la cualidad del encantador". Esa habilidad para conseguir que la gente desee ardientemente seguir leyendo tus historias no puede ser enseñada. Dickens la tenía. Davies también. El propio autor canadiense aseguraba que el *shamanstvo* formaba parte del oficio de escribir: "Un escritor de verdad desciende de los contadores de historias medievales que solían ir a la plaza de las ciudades, extender una alfombrilla en el suelo, sentarse sobre ella, golpear un cuenco y decir: 'Si me das una moneda de cobre, te daré un cuento de oro'. Si el narrador era bueno, reunía a un pequeño grupo de personas a quienes contaba una historia hasta que llegaba al punto más interesante; entonces, se detenía y pasaba de nuevo el cuenco. Así se ganaba la vida; si no conseguía retener a su público, debía dedicarse a otra cosa. Eso debe hacer un escritor".

Davies era un narrador irónico e imaginativo, con una visión de la vida más tragicómica que sentimental. Durante sus años de periodismo, descubrió cómo viven las personas, qué hacen por la noche y qué sucede tras las cortinas de sus casas. Del teatro, aprendió a elaborar diálogos para decir lo máximo con el mínimo de palabras posible. De su educación presbiteriana, con su terrible concepto del destino, heredó la cuestión moral a la que se enfrentan sus peculiares personajes: la tenue línea que separa el libre albedrío de la predestinación, la responsabilidad de la inocencia, la condena de la salvación. Y de su educación británica mamó el humor presente en sus novelas y que le convirtió en un solícitísimo conferenciante. Solía referirse a sí mismo como "una voz desde el ático", burlándose así de la escasa consideración intelectual que la literatura canadiense tenía en Estados Unidos.

Su energía creadora era tal que concebía las novelas de tres en tres. Estaba dotado de una inmensa vitalidad intelectual y, al final de su existencia, llegó a reconocer que su experiencia sobre el temido bloqueo del escritor se reducía a "algo pequeñito, suficiente para recobrar el aliento". Escribió la *Trilogía de Salterton* (*Tempest-Tost*, *Leaven of Malice*, *A Mixture of Frailties*); la *Trilogía de Deptford* (*El quinto en discordia*, *Mantícora*, *El mundo de los prodigios*); la *Trilogía de Cornish* (*Ángeles rebeldes*, *Lo que arraiga en el hueso*, *La lira de Orfeo*) y la inacabada *Trilogía de Toronto*, de la que sólo llegó a finalizar las dos primeras partes: *Asesinatos y ánimas en pena* y *Un hombre astuto*. En total, once novelas donde unas historias se engarzan con otras hasta formar tramas sorprendentes. Lo que no se sabe es si su esposa llegó a temer que semejante afición a la trilogía se extendiera, en alguna ocasión, del terreno laboral al sentimental.

Para empezar a leerlo, nada mejor que la *Trilogía de Deptford*, considerada su obra maestra: *El quinto en discordia* (1970), *Mantícora* (1972) y *El mundo de los prodigios* (1975). Las tres novelas, como relatos poliédricos, relatan la extraña muerte del millonario Percy Boyd Staunton desde tres puntos de vista. Lo que empieza con una inocente bola de nieve en *El quinto en discordia*, que recibió el Premio Llibreter 2006, se convierte en un alud que arrastrará a los singulares protagonistas -



## Tertulias Literarias

locos con halo de santidad, magos, mujeriegos mutilados, analistas junguianos...- en una trama de venganza, amor, alcohol y mitos.

El autor concebía la ficción como un gran tapiz con limpios dibujos en cuyo reverso se entretrejen las vidas de todos los personajes de forma aparentemente caótica. Ese modo de entender la literatura conecta con un modo de escucharla y disfrutarla: credulidad, escepticismo, asombro, maravilla y, a veces, aunque sea breve y débilmente, la sensación de vislumbrar lo inaccesible, aquello que no puede obtenerse con el pensamiento racional. Y percibir lo inaccesible, por imperfecta que sea la percepción, significa haber accedido a ello.

Robertson Davies comentó en una ocasión que George Bernard Shaw floreció cuando tenía veinte años, pero que nadie aspiró su aroma hasta que cumplió cuarenta. Y, a continuación, añadió con ironía que con él aún habían tardado más tiempo. Háganse un regalo: no demoren el placer de leerle.

### De repente, un libro. La trilogía de Deptford, de Robertson Davies Por José Miguel Coldefors



En la vida de un lector raramente llega, en su plenitud, lo que buscamos cada vez que abrimos un libro. Aunque leamos sin descanso; aunque, a veces, encontremos magníficas recompensas en algunas obras, historias que nos conmueven, que nos divierten, que nos hacen pensar, que hacen que el tiempo que pasamos con ellas sea un tiempo más cierto y más digno. Pero sólo algunos libros, muy pocos, van mucho más allá. Nos cambian, nos regalan otra vida, otra perspectiva moral. Son, para siempre, parte de lo mejor que tenemos, de lo mejor que nos queda. Son pocos, pero son...

Cuando terminamos de leerlos, nos sentimos felices, pero más solos, incapaces, además, de compartir esa soledad, y no sólo porque *No hay soledad que pueda / compartirse* como escribió José Corredor Matheos a propósito de *Habitación de hotel*, el cuadro de Edward Hopper, sino porque sabemos que ya nunca podremos sentir lo que ese libro nos ha hecho sentir, nunca sabremos qué fue de la vida de aquellos personajes que crecieron hasta hacerse tan verdad que su mundo nos produce el vértigo íntimo de un secreto incomprensible. Por eso, escribir sobre un libro que nos importa es, tal vez, intentar mitigar una pérdida, esa soledad.

Me regalaron *El quinto en discordia*, un día cualquiera, sin motivo aparente. Es el primer volumen de la Trilogía de Deptford, su deslumbrante comienzo. En el prólogo, Valentí Puig nos habla del autor, Robertson Davies, canadiense de Ontario, fallecido en 1995, como de un hombre "*civilizado, divertido, cerebral*", autor de once novelas. Algo ya se editó de él en España hace tiempo y, en medio de la mediocridad general, pasó desapercibido. Un autor profundo y conmovedor al que, como a tantos otros, no se le presta atención alguna. Ahora, tenemos, gracias a la edición, preciosa, de una novela extraordinaria, otra ocasión de leer a Davies.

*El quinto en discordia* resulta ser Dunstan Ramsay, así le llama Liesl, uno de los personajes más fascinantes de la trilogía: "*¿Quieres saber qué creo que eres, Ramsay? Creo que eres un quinto en discordia*". Todo comienza con la narración, que pronto sabremos que es, en realidad, un informe, de lo que ocurrió a las 5.58 de una tarde de diciembre en Deptford, un pueblo tan pequeño "*que carecía de esa dignidad que otorgan unas afueras*". En aquel momento, un muchacho, el amigo Percy, alguien a quien vamos a conocer muy bien más adelante, lanza una bola de nieve a Dunstan Ramsay, pero Dunstan la elude y la bola de nieve, que la rabia y la impotencia había lanzado como gesto final de una derrota infantil, golpea a la esposa embarazada del reverendo Demspster y este hecho, imprevisto y fatal, precipita el nacimiento de Paul, y, con este nacimiento, el de las historias cruzadas que nos ofrece Davies. Paul será un niño enfermo y humillado y un día, al cabo de los años, un mago genial sin pasado, o con demasiado pasado para poder soportarlo, como el propio Paul contará en el tercer volumen de la trilogía (*El mundo de los prodigios*). Y cambia la historia, la pequeña historia de los personajes que llenan las sobrecogedoras páginas de esta obra impagable, páginas en las que la locura, la muerte, la miseria moral, la inteligencia y el desamor conviven gracias al talento y al oficio del autor. La señora Dempster llega a ser una santa loca; su hijo Paul un mago errante; Percy, un empresario con ambición política, Dunstan Ramsay, un profesor aparentemente gris y un escritor especializado en vidas de santos.

La trilogía (*El quinto en discordia, Mantícora, El mundo de los prodigios*) nos va contando como pasan los años y cómo las crueldades de la vida y el azar nos transforman y nos dejan de la mano. Todos pensamos, en algún momento, que somos

# GRUPO A

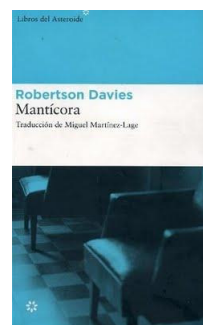


## Tertulias Literarias

protagonistas, y cuando se hace evidente que somos personajes secundarios no sabemos bien qué hacer, adónde dirigir nuestra mirada y nuestros anhelos. Ése es el drama, ésa es la vida, esto, la grandiosa novela de Davies, es literatura.

El segundo volumen de la obra (*Mantícora*) es, entre otras muchas cosas, una exploración en la mente, y el corazón, de David Staunton, el hijo de aquel Percy que lanzó, sin fortuna alguna, la bola de nieve que desencadena la historia que se nos está contando: exploración, expiación, en torno a lo que hay tras un misterioso poemilla de Ibsen ("Vivir es batallar con los trasgos/ en la cripta del corazón y el cerebro") y tras el destino, destino que va a unir, muchos años después a Percy, que es o fue el magnate Boy Staunton, al quinto en discordia y a Paul Dempster.

Editada por Libros del Asteroide y traducida por Natalia Cervera, el primer volumen, y Miguel Martínez-Lage, traductor también de Banville y de Boswell, los dos últimos, el relato crece, poderoso, a partir de los hechos corrientes, de la gente común de Deptford, hasta las regiones más oscuras e inesperadas del alma humana, todo contado sin premura, dejándonos sorpresas y luces y sombras, en cada página.



Otro autor grande entre los grandes, Amos Oz, escribe en Una historia de amor y oscuridad sobre lo que supuso para él, o, mejor, para el narrador de esa novela, el descubrimiento del muy poco recordado Sherwood Anderson, contemporáneo de Faulkner, y de cómo Anderson en su libro Winesburg, Ohio le hace comprender que el mundo escrito no gira alrededor de Milán o París sino que gira siempre alrededor de la mano que escribe en el lugar que escribe: "donde tú estás está el centro del universo". Así es, en un poblado de Ohio o en Deptford, el pueblo en el que nace la historia de Robertson Davies, está el centro del universo, y no hace falta salir de allí, allí está el triunfo y la derrota de cada uno y, plena la literatura que queremos merecer y que siempre uno anda buscando.

La peripecia entendida como movimiento solipsista. Así, pensar en Robertson Davies como un novelista de ideas al servicio de las acciones o viceversa. Así, pensar también en la Trilogía Deptford como en un ciclo divertidísimo y merecedor de una de esas seductoras series producidas por hbo que no deja de abrir las puertas de los gabinetes mágicos de la reflexión para que entremos en ellos, desaparezcamos aquí y aparezcamos en otras partes. Algo tan envidiablemente admirable si se es escritor además de lector, algo tan felizmente indignante si se es lector a secas, porque es imposible no preguntarse por qué hemos, nos hemos resignado a comer en tantas ocasiones no tanto gato sino tanta rata por libre. Y, ya se dijo, el tema y las tramas de estos tres magníficos libros –que pueden leerse por separado pero que, juntos, conforman algo portentoso– pasa por la esquiva naturaleza del portento inexplicable así como por los rotundos modales del castigo imposible de evitar, ambos bailando en el punto exacto de las tablas donde el azar se confunde con la magia

### Robertson Davies, el ilusionista canadiense

Por David Morán



"Al morir Robertson Davies en 1995, sus lectores se preguntaban si no haber sido nunca un best seller mundial pudiera deberse a que se comportó siempre como un escritor de civilización, algo que no es exactamente lo mismo que tener un buen sastre, saber usar cualquier elemento de cubertería o ceder el paso a las damas en la hora final del *Titánic*". Lo apunta el periodista y escritor Valentí Puig en el prólogo de "*El quinto en discordia*" (1970; Libros del Asteroide, 2006) y lo suscribe la elegancia con que el canadiense Robertson Davies (Thamesville, 1913-Orangeville, 1995) y su obra han soportado las acometidas del olvido. Civilizado y elegante hasta en el más allá, ha pasado más de una década tendido bajo tierra a la espera de que su nombre, paradigma del autor con marchamo de clásico en su país y sempiterno desconocido por estas latitudes, cruzase por fin el Atlántico para deslizarse ladera abajo por la montaña de novedades y apuestas de temporada que atenazan la industrial editorial.

Dos novelas tardías, "*Asesinatos y ánimas en pena*" (1991; Destino, 1996) y "*Un hombre astuto*" (1994; Destino, 1996), eran hasta no hace mucho las únicas huellas que permitían seguir el rastro en castellano de un escritor al que, lo que son las cosas, se le puede leer en veinte idiomas diferentes pero sigue siendo prácticamente inédito en España. O así era hasta que Libros del Asteroide, editorial barcelonesa especializada en agujeros negros, causas perdidas y grandes obras que, por uno u otro motivo, no han llegado a pasar por las librerías españolas o lo han hecho de puntillas y en versión original, decidió rescatar la más célebre producción literaria de Davies poniendo en circulación la trilogía Deptford, aclamado tríptico sobre el que se desploman el realismo, la magia, el simbolismo y los arquetipos jungianos y del que ya se han publicado "*El quinto en discordia*" y "*Mantícora*" (1972, Libros del Asteroide, 2006). "*World Of Wonders*" (1975), la última entrega de la saga, está prevista que aparezca en 2007. La operación rescate comienza ahora a recoger sus primeros frutos: "El quinto

# GRUPO A



## Tertulias Literarias

en discordia", cima creativa del autor canadiense, ha recibido recientemente el premio Llibreter, galardón concedido por el Gremio de Libreros de Barcelona y Cataluña.

Otras dos trilogías y una cuarta inconclusa completan el capital narrativo de un autor que gustaba de construir la ficción como carreras de relevos donde los personajes se van pasando el testigo y tejen historias que, agrupadas de tres en tres, saltan de las pinceladas humorísticas de la trilogía Salterton –"Tempest-Tost" (1951), "Leaven Of Malice" (1954) y "A Mixture Of Frailties" (1958)– a las reflexiones de madurez de la trilogía Cornish –"The Rebel Angels" (1981), "What's Bred In The Bone" (1985) y "The Lyre Of Orpheus" (1988)–. En todas aparece la sombra del narrador clásico capaz de abrazar la modernidad desde la fidelidad a la tradición, el escritor lúcido y virtuoso, el sólido arquitecto de relatos absorbentes, el fino estilista del comportamiento humano cuya devoción primeriza por Freud se vio pronto sustituida por la admiración a la hipótesis arquetípica de Jung. "Para ti esta vida es un deporte que consiste en mirar", le hace decir a uno de los personajes de "El quinto en discordia". Para él, en cambio, la vida era un deporte que consistía en explorar los pliegues del azar sacándole todo el jugo a las posibilidades expresivas de la novela tradicional.



Lo que no dice su obra lo dice, en este caso, su biografía: nacido en Ontario en el seno de una familia acomodada, Davies viajó por primera vez a Inglaterra a mediados de los años treinta para estudiar Letras en la Universidad de Oxford. Fue allí donde comenzó a tantear sus posibilidades como autor teatral al tiempo que exploraba la médula espinal de la novela tradicional. Después de pasar un año trabajando para el Old Vic Theater de Londres, regresó a Canadá en 1940 para dedicarse al periodismo y emprender una frenética producción literaria que le llevó a publicar una veintena de libros en poco más de dos décadas. Hombre de letras en el sentido más estricto de la expresión y profesor de la Universidad de Toronto durante veintinueve años, Davies alternó la narrativa con la enseñanza, la elaboración de numerosos ensayos literarios y la escritura de obras de teatro como "Eros At Breakfast" (1948) y "At My Heart's Core" (1950).

Periodista antes que escritor y dramaturgo antes que novelista, Davies murió en plena era informática, pero el punto final de "Un hombre astuto", última novela que publicó en vida, lo tecleó con la misma máquina de escribir a la que se acercaba como Samuel Marchbanks para firmar sus ácidas y brillantes columnas periodísticas compiladas en los volúmenes "The Diary Of Samuel Marchbanks" (1947), "The Table Talk Of Samuel Marchbanks" (1949) y "Samuel Marchbanks' Almanack" (1967). En 1992, tres años antes de morir, su nombre sonó con fuerza como candidato al Nobel de Literatura, galardón que finalmente fue a parar a manos del poeta antillano Derek Walcott.

Antepasado borroso y lejano del realismo mágico, Davies quebró cualquier similitud con los narradores norteamericanos al renunciar abiertamente a perseguir la Gran Novela Canadiense: si no la escribió fue simplemente porque jamás creyó que hubiese una que escribir. "Estamos demasiado divididos en actitudes, sentimientos, climas y todo lo demás para tener una única mirada que pueda funcionar en una novela para todo el país", aseguró en una de sus últimas entrevistas, la misma donde expresaba su sorpresa ante el hecho de que sus novelas pudieran tener algún tipo de interés para lectores de lugares tan exóticos para él como Japón o Israel. Será que, en su empeño por acotar y reflejar la sociedad canadiense de la segunda mitad del siglo XX, Davies se saltó varias fronteras a lomos de conceptos tan universales como el libre albedrío, la culpa, la condena y el doble fondo de la historia

Fontes:

<http://www.literaturas.com/v010/sec0801/colaboracion/colaboracion.htm>

[http://www.elpais.com/articulo/narrativa/Davies/encantador/elpepuculbab/20090131elpbabnar\\_1/Tes](http://www.elpais.com/articulo/narrativa/Davies/encantador/elpepuculbab/20090131elpbabnar_1/Tes)

<http://www.rockdelux.es/radar/literatura.html>

Biblioteca Central Rialeda  
Avenida Rosalía de Castro 227 A  
15172 – Perillo (Oleiros)  
Tfno.: 981 639 511  
Fax: 981 639 996

Email: [biblioteca.rialeda@oleiros.org](mailto:biblioteca.rialeda@oleiros.org)  
Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>

# GRUPO A